

DAME AGUA

Una casa... «nuestra casa», cuando los cinco hermanos nos juntábamos siendo jóvenes con la prole de cada uno.

Posguerra, año mil novecientos cuarenta y nueve. Enclavada en una cuesta excesivamente empinada, una puerta robusta marrón agratado, áspera, mate, un puño de hierro negro como llamador, algo que poco se usaba, por permanecer siempre abierta.

El portal de losas grandes en piedra gris, resistentes; en la entrada, en el rincón de la izquierda, unas albarcas de madera clara los días de invierno, con nevada.

Saliendo de ellas con unas zapatillas de paño rojo, subiendo la escalera casi a oscuras. Solo algún peldaño podía crujir en algún momento inesperadamente, sorprendiendo a algún vecino con la oreja puesta en cocinas ajenas, queriendo saber vida o milagros, tendencia política, chivateo, criticar, por placer de saber, o con algún interés oculto. ¡Algo difícil de extinguir!

No hacía falta gran cosa por sobrevivir; una posguerra cruda y austera lo imponía, un pueblo dominado, con largas horas esperando en la cola para adquirir alimentos básicamente necesarios; aun siendo pagados eran tasados.

Mi hermano pequeño y yo formábamos un dúo inseparable. ¡Éramos felices! En casa no hubo acritud, nada inhóspito, eso deja poso en el carácter de un niño, más bien juegos y risas, compartiendo abrazos... Por encima de cualquier carencia económica estaba el talante de mis padres, jóvenes aún y con sentido del humor.

Esa base fue el arma más demoledora, la mejor para hacer frente a las adversidades que nos puso la vida cuando llegó el momento de caminar solos.

Al calor de la cocina los inviernos, un puchero grande, granate de porcelana, dando vuelta a la tapa y con una manta encima por no dañarnos el culo. Mi madre nos turnaba premiando el comportamiento.

Mirábamos al escucharla contar cuentos, el color rojo de las arandelas, las chispas fugaces al crepitar del carbón, callados, nos transportaba a un mundo mágico de ogros y hadas... cuentos que al final todos acababan bien. Interpretaba, se divertía viendo nuestra cara.

Mi madre sobremanera lo repetía y lo interpretaba bien, «La cabra y los siete cabritillos», de los hermanos Grimm, un cuento universal que perdura en el tiempo, personas tan cultas y eruditas, sabias, se acordaron generosamente de los niños, no solo alemanes, de los niños del mundo, cuentos universales, tradicionales, esos donde la moraleja la encuentra cada cual con la edad... un momento de guerras y desacuerdos en el mundo y Europa, donde los más perjudicados era una infancia huérfana y desvalida. Ellos escribieron cosas que perduran para los oídos... con generosidad... niños.

Similar a la cabra y sus cabritos vivimos así mi hermano y yo un día de verano en posguerra.

El invierno quedó atrás, nos retenía del frío y la nieve, al calor de las brasas y nuestra cabeza en plena ebullición, contándonos uno a otro lo que oíamos a nuestra madre.

En el armario quedó esperando un abrigo de piel áspera marrón claro agrisado, que mi padre buscó y buscó haciéndome andar toda una tarde con él para encontrarlo. Al entrar en casa, la crueldad de mis hermanos varones salió, un cuello rígido hasta las orejas, hacía que mi cara menuda se escondiera en él, mis dientes grandes y separados se hacían más visibles, no me afectó su risa, al final reímos juntos.

El Chin, al verme, se erizó, se escondió bajo la cama saliendo unas horas después de quitarlo.

Pasada la dureza del invierno, llegó la etapa de vacaciones, jugar y sentarnos con la merienda en la mano en las raíces salientes de un plátano de tronco grueso y nudoso, que milagrosamente aún existe.

Nuestra madre trabajaba unos días entre semana, los cuales solía salir cuando comprobaba nuestra siesta obligada. Un día hicimos dormirnos como tantos otros, nos levantamos comenzando a negociar...

—¿A qué jugamos?

—A llevar.

Consistía, sentados en una manta, uno llevaba a otro derrapando en el pasillo con gato incluido; cuando nos cansábamos buscábamos otro juego, la arandela grande de la bañera de zinc donde nos bañaban, sujetándola con una vara, llevándola derecha, quien más resistía ganaba.

Pasado este juego comenzamos a llenar una botella de agua con intención de sorprender sin ser vistos a cotillas habituales, saliendo de la tienda de comestibles bajo la ventana... bautizarlas, frenando su chismorreo.

En ello estábamos cuando un golpe seco, inesperado en la puerta, hizo que cayese una botella de mis manos, quedando parados instintivamente, paralizados, sin poder movernos, nos asustaba pasar delante de la puerta. Otro golpe aun mayor nos hizo reaccionar, correr el pasillo adelantando la habitación de mis padres. Chin, nuestro gato, nos seguía.

La voz desgarradora de un hombre se unió a aquellos golpes, amenazante, imperativa, lo que hizo que el siguiente paso fuese escondernos bajo la cama.

Es lo único de mi infancia en posguerra donde puedo desde el minuto uno memorizar los colores, la luz del día, el tono de los golpes, la exigencia, no entendía quién y por qué.

Sin capacidad por discernir ni asimilar situaciones, solo con unos años más pude entender la tiranía, las carencias y desigualdades, la injusticia y aquel hombre con sus miserias tocó en la puerta casualmente donde jugaban dos niños.

Al tiempo de golpear gritaba: «¡Dame agua, dame agua! ¡Ábreme! ¡Quiero agua! ¡Que tiro la puerta!...». Golpes inolvidables, el crujir de la parte baja de la puerta, castigada por el Chin cuando pedía salir y picada de polilla, se abría... Milagrosamente ese día cerró con llave.

Una niña con cinco años sujetaba protectora a su hermano de tres, indicando no salir.

El hombre continuaba incansable, no se iba. Con un hilo de voz y la inocencia, opté por ponerme de pies y decirlo.

—No está mi madre, nos ha cerrado, no podemos darte agua —añadiendo él «Dios te ampare».

Cuando algún mendigo recorría los portales, decía ella, los pobres de entonces agradecían pan duro.

Tiempos de necesidad extrema, mendigos de verdad... no humildes... del ¡Dios lo ampare!

Su voz poderosa se enfureció más al sentirme presionando con más fuerza aquella puerta gris clara y brillante. Miraban la parte que cedía, crujía. El sol del balcón entraba, iluminando

la luz la escalera oscura, dejando ver un pie descalzo ennegrecido y el borde de un pantalón deshilachado color militar... Corrí al balcón con intención de saltar, lo vi muy alto. Al momento recordé a mi hermano, ¡el gato!... No podía fallarlos... Me arrinconé con ellos, mudos y silenciosos.

Eran tiempos de escasez, chivateos, injusticia, explotación laboral, obreros de los dos bandos callados, castrados, sumisos, escondidos, hospitales abarrotados con enfermedades de pulmón causada por el hambre, sin apreciar quién moría silenciosamente.

El régimen no tenía medios para la gente de a pie y más si comprobaban su inclinación política.

Personas escondidas en sus hogares, cuevas habitadas entre peñas o el sitio más lúgubre del monte, llegado el silencio, al aminorar las redadas, comenzaron a salir muchos tímidamente de sus madrigueras, miedo a hablar expresando sus ideas, probablemente quien gritaba era uno de ellos, ¡quien pedía agua!

Hoy día, al escuchar o contar a mis nietos historias de los hermanos Grimm y lo generosos que fueron acordándose de las carencias de muchos niños europeos y del mundo con casi nada, solo su imaginación y una madre narrando haciendo ver el mal, el bien, la mentira, la envidia existe... y rematando la historia con final feliz... más dispuesta a contestar durante horas las preguntas infantiles.

Continuando el relato, en aquel suceso la suerte o protección estuvo a nuestro lado. Contesté:

—¡No podemos darte agua! Mi madre nos ha cerrado —con más fuerza gritaba, golpes cada vez más fuertes... estábamos aterrorizados, sentíamos el crujir de la puerta, nos arrinconamos bajo una cama contra la pared, una cama donde mi hermano y yo saltábamos felices con un bocadillo de tortilla francesa y una bolas de anís pegajosas en la otra mano.

Aún siendo niña recuerdo que pensaba que algún vecino salvador podría subir, bajar... ayudarnos. Hoy pienso que el miedo o la desconfianza les impidió manifestarse... Dos niños y un gato sobrecogidos hacían suyo el cuento, miedo derivado y consecuencia de una política.

Aquel hombre viendo que la puerta no vencía y nuestro silencio, optó por lanzarse escalera abajo, saltando escalones, golpeándose, gritando enloquecido.

Al sentir los últimos peldaños crujir, aún con mis pocos años, instintivamente salí del escondite corriendo por el pasillo, una banqueta me ayudó a encaramarme a la ventana, con medio cuerpo fuera peligrosamente. Quise asociar lo pasado, poner cara a su agresividad y desesperación, lo rememoro y está preso, no me hizo daño, pero su imagen quedó grabada, como una res; vivo con ello, sin dolor... solo compasión.

Me dio tiempo a verlo justo bajo la ventana. No pude ver su cara, sí su cabeza justo en vertical, de pelo pincho azabache, ennegrecido todo él.

Eso que hoy se estudia en exceso, sin estudiar demasiado, puede recogerse en el llamado «lenguaje corporal».

Ligero, apresurado, fuera de lugar, atormentado, no puedo evitar reflexiones, se asimilan mejor las imágenes o hechos poniendo distancia como una buena pintura, cosas vividas de la que, reposadas pasando el tiempo y haciendo un centrifugado, queda lo esencial... Lo malo o mediocre se difumina solo.

Fueron segundos el verlo, subía la cuesta de espaldas, bajo mi ventana mis ojos de niña. Mis sentidos recogieron por vida aquellos alaridos, el color caqui miliciano raído, su movimiento apresurado al andar, aquel pie descalzo y mugriento que el sol al entrar iluminaba la puerta y

en la oscuridad aparecía empujando... Era un perdedor, seguro.

Hoy puedo entender que no hay límite en muchos casos para el sufrimiento humano. La resistencia es algo imprevisible. Fueron secuelas de una guerra, personas llenas de impotencia por injusticias, robos legales, abuso de poder... personas desaparecidas, venganzas, curas que no eran curas, monjas que no lo eran, solo un disfraz, de fondo siempre religión y política.

Razones oscuras que un niño no entiende.

Lo perdí de vista doblando la esquina, volví a esconderme bajo la cama con mi hermano y mi gato, inquisidores los dos, paralizados y silenciosos, con el miedo en su cara.

La magia que protege a los niños estuvo con nosotros. Como nuestra madre contaba, hay un ángel cuidador para los niños, vela, era invisible. Ella cerró la puerta ese día y el final fue feliz.

Mi subconsciente lo desempolva inesperadamente, sin querer saber cuándo, al escuchar el cuento o incluso otros similares, primero con mis hijos, luego con mis nietos, lo importante no se olvida descansa y cuando toca despierta... para bien o mal.

Algo raro notó nuestra madre en nosotros al entrar, mirando el clac, clac de la puerta. Quietos, acelerados fuimos hacia ella, nos quitábamos la palabra a trompicones, contábamos lo sucedido.

Era sabia, por naturaleza, buscaba el lado cómico de la vida. Con gran imaginación, una sensibilidad especial para transmitir, quitando hierro, una mentira piadosa bien interpretada.

Cuando acabó, entendiendo nuestro susto, su contestación:

—¡Eso no ha pasado, dormíais! ¡Es una pesadilla! ¡Contádmela! Es un sueño... una pesadilla, no ha pasado nada, como cuando me levanto de noche... ¿Veis como es mentira? Hay que olvidarlo.

Jugó a distraernos, su poder de persuasión más sus bromas haciéndonos reír desistiendo convencidos.

Acabamos pensando, habíamos dormido, pero aquel sueño... estará eternamente en mí. Yo, no muy convencida, la creí.

Mintió piadosamente, un muro imposible de traspasar... Ese día no nos permitió bajar con merienda en mano a sentarnos en las raíces del plátano, de un verde exuberante... en la plenitud del verano.

—¡Teníais que haber dormido más! ¡Hale, merendad en el balcón!

Ya de mayor intenté recordar el hecho, no contestó, tuve unos años de confusión si lo había soñado (aquel día nos hizo contarla todo, una postura sana).

Con los años, las circunstancias impusieron la realidad, pruebas de lo sucedido supe que estuvimos en peligro extremo. Aun así lo negaba, sintiendo mi frustración con aquella negación... hoy sé, quiso que nuestra psique no quedase dañada... no me afectó aunque tuviera cinco años. Yo me liberé y mi hermano no recuerda.

Comencé a trabajar a los dieciséis años sin poder rematar lo que quería conseguir, lo acepté. Justo esa circunstancia fue esencial por saber lo que realmente pasó.

Con dieciséis años sentía ilusión para y por colaborar en casa, vestirme en una palabra, subsistir por mí misma.

Todas las mañanas, una vecina mayor que yo, viviendo en el portal cercano, llamaba porque yo no bajase sola, a modo de protección, a las siete menos veinte comenzaba la jornada, en invierno era de noche, hacíamos el camino juntas.

Mi padre compró una cafetera eléctrica, se levantaba todas las mañanas por prepararme el desayuno y verme marchar; luego, sobre las diez de la mañana, al toque de sirena, tocaba ese

rato de descanso, salía a la portería.

Mi madre dejaba un bocadillo calentito, mi preferencia, tortilla francesa con chorizo, sabía que me gustaba... Dar alimento, hacerlo, es dar amor. Él madrugaba por mí, ella dejaba todo por recogerlo caliente, demostrando el sacrificio... tenía una hermana de dos años... el mejor regalo que pudieron darme, aun así todavía era su niña. Gracias por su amor.

Quiero seguir con el relato, pero no puedo olvidar aquellos años tan difíciles en las familias, situaciones, sentimientos....

La compañera que llamaba todas las mañanas contaba a otras dos de su misma edad que hacía unos años, en su adolescencia, un hombre desesperado, enloquecido y andrajoso había salido de la trampa construida en su propia casa. Su madre, que lo ocultaba al ser del bando contrario, lo escondió, pero un día se murió de muerte natural.

Habían pasado dos años, ya no había bombas pero sí restricciones, hambre, persecuciones a familias... se tiró al monte desesperado, viviendo como alimaña sin serlo.

Como las bestias, el hambre, la sed, lo hizo por instinto. Como un salvaje alimento agua, la soledad de su guarida, el desamparo.

Aquel hombre fue quien llamó un día pidiendo agua amenazante, donde solo había dos niños indefensos... Él no era dueño de sus actos, cuando yo lo perdí de vista doblando la esquina subió al portal más cercano, fue el suyo, haciendo y diciendo las mismas cosas, golpes, subidas y bajadas desenfrenadas en la escalera, destrozándose a sí mismo en su furor.

Ella, al ser adulta pidió auxilio por la ventana, se arremolinó la gente diciéndola que no abriera... como llamaban entonces... «tres loqueros» con correas, la pareja de guardias que subía y bajaba vigilando a diario sujetando un arma, como si de una alimaña se tratara.

Nosotros merendábamos en el balcón, al sol, sentados con el Chin, vimos el tumulto, no pasaba nada... era un sueño, según mi madre. Dos niños con un bocadillo de mortadela y Chin con la cabeza levantada esperando su porción.

La guerra acabó, pero las consecuencias fueron a más, muchas cosas derivadas inconfesables.

